

EL

ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montella y Garcia, Mayor 21, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Lunes 24 de Julio.

El Eco de Cartagena

El castillo de la Aljaferia en Zaragoza.

II

La Aljaferia de Zaragoza posee, segun se ha visto en mi precedente artículo joyas arqueológicas de gran valia, aunque dejadas en la desnudez y el abandono por nuestra preverbal incuria. No son de menos importancia los acontecimientos ocurridos dentro del recinto de aquel castillo, registrados por la historia. Sin hacer mérito de los coronamientos de reinas y reyes aragoneses, ni de las justas, torneos y otras fiestas que se celebraron en él ó en sus inmediaciones, sucesos generales, propios también de otros castillos de la edad media, me fijaré tan solo en los particulares en que han figurado notables personajes.

En este castillo encontró pronto asilo, en el año 1347, el rey D. Pedro IV el ceremonioso, en un alboroto producido por las alteraciones ocasionadas por la union de los turbulentos barones aragoneses: en 1429, reinando D. Alonso el Magnanimo, ocurrió la muerte de un elevado personaje, el cual mantenía segun unos correspondencia con el condestable de Castilla, D. Alvaro de Luna, y segun otros, se desahució con temeraria ligereza á decir alguna palabra no decente á la reina, á quien daba el brazo de demostracion de obsequio y respeto, siendo por uno ó otro motivo arrebatado aquella noche al palacio de la Aljaferia y luego arrojado al Ebro. En este mismo castillo fué puesto en prision en 1461 el desgraciado príncipe de Viana por el rey D. Juan II, su padre: y á sus prisiones fué conducido en 1591 el famoso ministro de Felipe II, Antonio Perez, por el fiscal y familiares de la inquisicion, cuyo terrible tribunal tuvo allí su asiento por espacio de 120 años: el motin acaudillado por los principales miembros de

la nobleza aragonesa, entre los que se contaban los Lunas y Lanuzas, para arrancar de las garras del sombrero tribunal al famoso ministro, como lo consiguieron á pesar de la resistencia de algunos inquisidores al grito de «*Contrafuero, Ayuda á la libertad*, y la traslacion del preso á la cárcel de los manifestados, fué causa de la abolicion del célebre privilegio de la manifestacion, y de la ejecucion del desgraciado último Justicia Mayor de Aragon, D. Juan Lanuza por órden del terrible Felipe II. En el propio castillo pudo salvar su vida en 1808, despues de no pocas peripecias y gracias á los esfuerzos de un generoso y enérgico labrador, el capitán general de Aragon Guillelmi, el cual se resistia á dar armas á los zaragozanos para hacer frente á la invasion francesa; y en él también encontró su salvacion, gracias á la presencia de Palafox, el conde de Fuentes, á quien los mismos zaragozanos miraban como afrancesado.

Por último, hasta las tradiciones de las crónicas caballerescas han dado fama al alcázar de la Aljaferia rodeándole de cierta aureola de poesia y romanticismo que han debido inspirar sin duda á nuestro gran poeta Garcia Gutierrez, y al eminente compositor Verdi. Nada mas interesante y novelesco que la referida por Cervantes en el libro 2.º capítulo 26 de su inmortal poema, por boca del joven criado del maese Pedro, el cual decia: «*habia sucedido de las crónicas francesas y de los romances españoles, que auñaban en boca de las gentes y de los muchachos por las calles. Hé aqui en resúmen como cuenta esa tradicion caballeresca el tal romance.*»

«*En una de las torres que se presupone ser del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljaferia, parece en un balcon una dama vestida á lo moro; es la sin par Melisendra, hija putativa del Emperador Carlomagno olvidada por su esposo el señor D. Gaiferos, que está jugando á las tablas. (1) Desde allí se podía*

(1) Se cree que este juego era el que hoy llamamos *chiquito*.

muchas veces á mirar el camino de Francia, y puesta la imaginacion en Paris y en su esposo, se consolaba en su cautiverio. Un moro se llega callandico y pasito á paso, puesto el dedo en la boca, por las espaldas de Melisendra, y le dá un beso en mitad de los labios: ella se da prisa á limpiarlos con la blanca manga de su camisa, se lamenta y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio. Un grave moro, que está en los corredores, el rey Marsilio, el cual ha visto la insolencia del otro moro, le manda luego prender y que le den doscientos azotes, llevándole por las calles acostumbradas de la ciudad, sentencia que se ejecuta apenas la culpa ha sido puesta en ejecucion.

Cubierto con una capa gascona aparece á caballo el mismo D. Gaiferos á quien su esposa esperaba, vengada ya del atrevimiento del enamorado moro, y con mejor y mas sosegado semblante se pone á los miradores de la torre, y habla con su esposo, creyendo que es algun pasajero, hasta que ve como D. Gaiferos se descubre, y por los alegres ademanes que Melisendra hace dá entender que ella le ha conocido; mas hé aqui que al descolgarse del balcon para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo, vé la sin ventura que se le ha asido una punta del faldellin de uno de los hierros del balcon, y está pendiente en el aire sin poder llegar al suelo. Pero el cielo piadoso socorre en las mayores necesidades, pues llegan Gaiferos, y sin mirar si se rasgará no el rico faldellin, ase de ella, y mal su grado la hace bajar al suelo, y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su caballo á horcajadas como hombre, y le manda que se tenga fuertemente y le eche los brazos por las espaldas, de modo que los cruce en el pecho para que no se caiga, á causa que no estaba acostumbrada la señora Melisendra á semejantes caballerias. Los relinchos del caballo dan señales que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor y en su

señora. Ya vuelven las espaldas salen de la ciudad, y alegres y regocijados toman de Paris la via.

Vais en paz, esclama con entusiasmo el narrador como si viese partir á la Sra. Melisendra y D. Gaiferos, oh par sin par de verdaderos amantes, llegueis á salvamento, á vuestra deseada patria, sin que la fortuna ponga estorbo en vuestro felice viage: los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los dias que os quedan de la vida. No faltaron prosigue el romancero, algunos curiosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viesen la bajada y la subida de Melisendra de quien dieron noticia al rey Marsilio, el cual mandó luego tocar alarma, y ya la ciudad se hunde con gran prisa con el son de las campanas que en todas las mezquitas suenan. Miren dice el muchacho á sus oyentes, cuanta y cuanto lucida caballeria sale de la ciudad en seguimiento de los dos catolicos amantes, cuantas trompetas que suenan, cuantas dulzainas que tocan, y cuantos atabales y tambores que retumban: tememos que los han de alcanzar y los han de volver atados á la cola de su mismo caballo, que seria un horrendo espectáculo.»

Ahora el ilustre anciano, autor del magnífico drama «*El Troyador*, es director del Museo arqueológico de Madrid: cuando este anciano contempla los dos arcos arabescos trasladados desde la Aljaferia al Museo, recordará los dias de su humilde y oscura juventud, glorificada de repente con la aparicion de aquella hermosa obra, joya quizá la mas brillante de su dramática corona. Hoy la Aljaferia puede no ser en realidad otra cosa que un vulgar cuartel, pero en poesia, gracias al episodio caballeresco del inmortal Cervantes, á los inspirados versos del gran poeta Garcia Gutierrez, y á los patéticos y apasionados cantos del ilustre Verdi, será siempre el afamado castillo de romanticos amores.

MANUEL MARCO

MANUEL MARCO